

**Pensar el tiempo, hacer la historia:
entre la experiencia, el deseo y la narración**

**Thinking About Time and Making History:
Between Experience, Desire and Narration**

Marisol Ochoa Elizondo
Universidad Iberoamericana
(México)
marisolochoa555@hotmail.com
ORCID ID: 0000-0002-7627-0280

Resumen

Este artículo, siguiendo al filósofo francés Maurice Blanchot, reflexionamos sobre aspectos tales como la experiencia interior, el gesto del psicoanálisis y el concepto de tiempo, este entendido como producción de experiencia azarosa que posibilita la restructuración y escritura de una historia donde el origen se desvela incierto y siempre a la deriva y fuera de todo propósito y destino. Así, a preguntas como las siguientes, ¿qué hace al tiempo? y ¿qué efecto tiene la narración en el tiempo y en nuestra historia?, respondemos que el tiempo es la atemporalidad misma, esto es, la grieta donde el encuentro entre el deseo, la corporalidad y el psiquismo se entrecruzan azarosamente, todo ello permeado por la intempestiva exterioridad, para crear una experiencia interior intraducible que promueve las condiciones de posibilidad para vivir.

Palabras clave

Tiempo, narración, percepción, experiencia

Abstract

In this article, following the French philosopher Maurice Blanchot's suggestions, we shall reflect on aspects such as the inner experience, the psychoanalytic gesture and the concept of time, this understood as a product of chance experience that enables the restructuring and writing of a history where the origin is revealed as uncertain and always adrift, beyond any purpose or destiny. In this way, to questions like these: ¿what constitutes time? and ¿what does narrative produce in time and in our history? we shall respond that time is timelessness itself. This means that time can be understood as the fissure where the encounter between desire, corporeality, and the psyche intersects randomly, all of this permeated by the untimely exteriority, creating with it an untranslatable inner experience that fosters the conditions of possibility for living.

Keywords

Time, narration, perception, experience

“Así, pues, la consigna es de silencio, discreción y olvido”
Maurice Blanchot, *El libro que vendrá*.

Introducción: de tiempos y experiencias

¿Qué es el tiempo? ¿Qué hace el tiempo con nuestra historia? ¿Qué relaciones se producen entre el tiempo, la experiencia, el deseo y la narración? Existimos en cuanto vivimos, pero el acto de vivir implica siempre un *riesgo*, que repercute en un doble movimiento de acogida y *don*, entre un cuerpo y el espacio donde se constituye la experiencia en percepción y se representa en palabra a partir de una pérdida de sentido. Así, entre los pasajes del nacer y el morir, donde las transformaciones de sentido no cesan nunca de producirse y reorientarse en el horizonte de la vida, el tiempo introduce caminos abiertos de pensamientos ambiguos, dispuestos al devenir de una experiencia.¹

Ya el filósofo francés Maurice Blanchot daba cuenta de la potencia de la experiencia interior a partir del problema de cómo se produce o experimenta el tiempo, en donde las leyes secretas de toda narración de una historia eran como una navegación que respondía enteramente a los enigmas humanos siempre a la deriva.² Del mismo modo toda novela, entendida como ficción en la vida –metodología de la vida cotidiana–, nace de una batalla entre el tiempo de los hombres, sus pasiones y extravíos, y es capaz de abrir una multiplicidad de posibilidades para explorar, de acuerdo con la metáfora del autor, toda la cubierta y el fondo de la nave, arrojando lo que hasta ese momento se desconocía y que proveía el mar, es decir, una riqueza incommensurable y una esperanza ilimitada frente a la difícil tarea de penetrar la comprensión del saber.³ Por lo tanto todo viaje en la vida dicta solo una consigna, arriesgarse a naufragar y a navegar en la deriva, sin esperar origen, destino y propósito. De este modo lo refiere Blanchot a partir de la complejidad que supone asumir el tiempo, la experiencia y su ambigüedad:

toda ambigüedad proviene de la ambigüedad del tiempo que aquí entra en juego y permite decir y experimentar que la imagen fascinante de la experiencia está, en cierto momento, presente cuando esta presencia no pertenece a ningún presente y destruye incluso el presente en el que parece introducirse.⁴

Así la producción del tiempo alude a un “hacer” y “construir”, entre la percepción y la corporeidad, que se transforma en experiencia a partir de la introducción de pasajes –entendidos como ritmos y lazos– capaces de transformar y actualizar las imágenes retenidas

¹ Anne Doufurmantelle, *Potencia de la Dulzura* (Buenos Aires: Nocturna Editora, 2021), 17.

² Para esta reflexión la apuesta de Maurice Blanchot es indispensable en el trabajo desde la literatura, ya que introduce la noción de fragmento en la escritura de la historia como el presupuesto de la inestabilidad, de lo que falta por decir y por venir. Este vínculo desde la lectura de Blanchot contribuye a cuestionarnos la complejidad de la constitución del tiempo, a partir de la experiencia y la narración, de ahí que el diálogo y encuentro entre los territorios filosófico, histórico, literario y psicoanalítico sean los espacios de intercambio y tejido indispensables para pensar la complejidad del tiempo y la narración.

³ Maurice Blanchot, *El libro que vendrá* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1969), 11.

⁴ *Ibid.*, 15-16.

en nuestra historia, ritmos y lazos que no dejan de pasar y que se resisten a un encuentro entre el olvido y su recuerdo. Estos pasajes, en tanto acontecimientos extraordinarios, posibilitan la instauración de nuevas composiciones, que se reproducen y reescriben y nos orientan a componer a partir de nuevas resonancias, a partir de la posibilidad de movimientos, entendidos estos como alteridades que no cesan de transgredir a la tiránica representación de la vida y en nuestra existencia.

Entonces, ¿cómo se hace posible una experiencia del tiempo?, ¿qué significa vivir dicha experiencia? Ya Nietzsche en su *Gaya Ciencia* hacía una reflexión sobre el significado de la vida, donde refería que vivir implicaba deshacerse constantemente de algo de uno mismo que quería morir. Así, vivir implica ser cruel contra todo aquello que envejece y se debilita permanentemente en nosotros, lo cual implica renunciar a un origen en nuestra historia y estar abiertos a una reescritura incesante y sin tregua.⁵ Si existimos a partir de las incongruencias de lo que hace al tiempo en el acto mismo de vivir-morir, esto nos revela que la experiencia misma del tiempo se da en ese encuentro con lo que nos habita en tanto que empuje y a la vez renuncia a la vida misma, desvelando nuestra finitud, evidenciando nuestra mortalidad como límite, y a la vez como posibilidad y potencia de movimiento y transformación.

El tiempo se produce en el lugar que se resiste a perecer y que lucha por vivir al mismo tiempo: en el desencuentro arbitrario de un saber que se desvanece en la intempestiva arbitrariedad de lo verdadero –en un no lugar del lenguaje– implacable y a la vez despiadado, donde en el cuerpo resuena y se encarna en todo momento, ya que es el cuerpo el que sabe que vive y muere permanentemente. El cuerpo inaugura así el lugar del conflicto en el que los pasados, los deseos y los desfallecimientos, tejen historias y, a su vez, son destrozados por ellas, arbitrando por lo tanto un lugar y un tiempo de enfrentamientos y emergencias que no cesan de operar su propia desargumentación y desmitologización.⁶

Es en esa disposición de la experiencia, en el devenir temporal, donde nuestro ser y estar se orientan a partir de las pérdidas de sentido e instauran acontecimientos que ponen en movimiento el retorno de lo reprimido, a partir de su propia ausencia, la misma que articula un anhelo. Pero también este ser y estar inauguran un lugar diferente de la propia historia, que queda fragmentada y dispersa y abierta a una nueva escritura, en un duelo permanente y orientado al horizonte del porvenir. Y, además, lejos de resignarse a la verdad y su trascendencia, lo hacen navegando en la pérdida y asumiendo la falta como potencia para crear una nueva ficción, esto es, una narración como potencia de y en la vida.

Es en el *de-tenerse* del tiempo cuando se nos presenta el acto de recordar-olvidar. Así, entre la lucha furtiva del morir-vivir se abre una fisura donde el asumir la ausencia del otro, frente a su implacable pérdida, se hace posible el rencuentro de la experiencia del mundo, del yo-mundo –no como espectador, sino como observador y viviente–. Por tanto, la representación que nos hacemos del mundo solo es posible a partir de la percepción de una experiencia aún *in-narrable*, donde su condición de posibilidad sería construir el tiempo, es

⁵ Friedrich Nietzsche, *El gay saber o La Gaya Ciencia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1980), 94.

⁶ Michel Foucault, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta, 1979), 15.

decir, hacer la experiencia de la conciencia de tiempo en medio de esta encrucijada del viviente que muere siempre en un nuevo naufragio y reorienta un horizonte de experiencia inesperado y a la espera de ser narrado. Pero, ¿qué es una experiencia, y cuál sería su relación con la conciencia del tiempo y su narración? Ya decía Nietzsche:

tenemos en nosotros todos los jardines y plantaciones ocultos. Para recurrir a otra imagen, todos nosotros somos como volcanes en actividad que tendrán sus horas de erupción, ¿cuándo tendrá lugar esto, pronto o tarde? Esto sin duda, no lo sabe nadie, ni Dios siquiera.⁷

Pensar el tiempo nos implica a reflexionar en torno a la experiencia que hace al tiempo, pero no solo como estructura ni estrato, sino a partir de espirales, pliegues y ritmos, es decir, a partir de los desencuentros y composiciones entre la lógica del sentido y la singularidad de nuestra evocación de imágenes y constitución de argumentos. Así, es frente a lo imprevisto de las percepciones *in-apalabrables*/i-representables en constante devenir donde el límite de lo pensable queda abierto al movimiento que no cesa y da lugar a lo corpóreo como lugar de conflicto, inscripción de sucesos y su metamorfosis, donde toda reescritura se produce a partir de un encuentro entre la historia, la imaginación y el cuerpo, desvelando con ello lo inmemorial de la memoria –huella inmemorial– y el espacio de experiencia.⁸

Esta memoria –o huella inaccesible– se constituye a partir de la *memoria del Otro* que dará forma a un *cuerpo informe* provisto de huellas mnémicas, ajenas y extrañas, en tanto que *lo otro* está en nosotros como una diferencia –el pasado–, pero también como condición de olvido-inolvidable. Así, el olvido en tanto que pérdida potencia la reescritura de una nueva historia que promoverá una experiencia inédita, móvil y alterada, en constante devenir, fragmentando lo que parecía unido, y proliferando sucesos que se desenredan permanentemente entre singularidades y multiplicidades obrando al tiempo.⁹

Ya decía Platón en el *Timeo* que “el tiempo es la imagen móvil de la eternidad”.¹⁰ Así, en la relación entre las percepciones corpóreas producto de experiencias *in-narrables* estas aluden a movimientos enigmáticos que, entre las condiciones del psiquismo, temporalizarán los tiempos del fantasma, el síntoma y el duelo, en tanto que *atemporalidades del tiempo*, y organizarán una temporalidad a partir del deseo, ya que es el deseo el que produce y organiza la temporalidad y hace posible contar una historia que yace en lo corpóreo y que se materializará en la narración gracias a la palabra.¹¹

Es importante recordar aquí que el tiempo y la experiencia interior, introduciendo lo corpóreo, nos permite pensar, como dice Blanchot, la introducción del cuerpo y sus enigmas en la vida y el secreto de la narración de una historia. Esto es indispensable para seguir la ruta que Sigmund Freud traza desde el psicoanálisis en la función de la conciencia y la

⁷ Friedrich Nietzsche, *El gay saber o La Gaya Ciencia*, 75.

⁸ Silvie Le Poulichet, *La obra del tiempo en psicoanálisis* (Buenos Aires: Amorrortu, 1996), 20-26.

⁹ Michel Foucault, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, 15.

¹⁰ Platón, *Diálogos*, Vol. VI, *El Timeo* (Barcelona: Gredos, 1992), 85.

¹¹ Sigmund Freud, “El creador literario y el fantaseo (1908/1907)”, en *El delirio y los sueños en la “Gradiva” de W. Jensen y otras obras (1906-1908)*, Vol. IX (Buenos Aires: Amorrortu, 2014), 133.

memoria, como si esta entrara en contradicción con la del relato y la potencia de su narración, pero que es indispensable tejer en el proceso de reconstrucción de una historia donde la potencia de lo corpóreo esta intrínsecamente ligada con la palabra y su representación atemporal.

Así, Freud hace una distinción entre la memoria y la conciencia, que considera incompatibles. Para Freud la memoria habita en el terreno del inconsciente, conformada por huellas. En este sentido “al ser el psiquismo una pérdida de la certeza corporal, de la ‘identidad de percepción’, no podemos entonces hablar de unidad perceptiva sino de organización consciente”.¹² Por lo tanto, “las percepciones sin la conciencia quedan como huellas”, las percepciones que llegan hasta nosotros dejan en nuestro aparato psíquico unas huellas a las que podemos dar el nombre de “huellas mnémicas” y son las que otorgan una fijación que se reescribe en busca de una unidad imposible, siempre incompleta, inacabada y fragmentada, evidenciando con ello el fracaso de la identidad, que actúa de motor del deseo y de su posibilidad tanto temporal como narrativa.

Las huellas mnémicas son la condición del olvido, ya que *in-forman* al cuerpo siempre en un incesante porvenir, en tanto que reencuentros de devenires anónimos que posibilitan la introducción de y al cuerpo de identificaciones, a partir de repeticiones siempre nuevas en su diferencia, produciendo nuevos argumentos en tanto que experiencias en nuestra historia. En ese sentido las huellas no son el recuerdo, ya que no tienen cualidad, y, por lo tanto, la exclusión de la memoria y la conciencia es inevitable. Esta inversión de la memoria y la conciencia nos permite pensar que toda narración nos desvela que el verdadero sentido histórico reconoce que vivimos sin restricciones, coordenadas y orígenes determinados, ya que toda historia proviene de una narración que se conjuga en la heterogeneidad y el conflicto que surge de la falta de sentido en nuestro tiempo.¹³

Las huellas son “de naturaleza inconsciente” o “inconscientes entre sí”, referidas así al carácter y no a la conciencia. Esto significa que están dirigidas a un sujeto corpóreo antes de toda discursividad y toda idealidad fantasmática, sujeto corpóreo donde se incorporará el modo de incluir al otro y, a su vez, la organización de la satisfacción que podrá así abrir posibilidades para hacer el tiempo y su narración experiencial entre el cuerpo y la palabra.¹⁴

En este sentido, aludir al deseo como organizador temporal nos lleva a pensar la relación de la fantasía con el crear del tiempo, donde, como recuerda Freud, la fantasía oscila en los tres tiempos, o los tres momentos de representación: pasado, presente y futuro. Allí “las huellas” se reconfiguran en tanto que recuerdos-olvidos, reorientando el pasado, el presente y el futuro “como las cuentas de un collar engarzado por el deseo” que podrá narrarse a partir de la percepción de una nueva experiencia.¹⁵

¹² Francisco Pereña, *El hombre sin argumento. Una introducción a la clínica psicoanalítica* (Madrid: Síntesis, 2002), 67-68.

¹³ Michel Foucault, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, 20-22.

¹⁴ Francisco Pereña, *El hombre sin argumento*, 58.

¹⁵ Sigmund Freud, *El creador literario y el fantaseo* [1978], 130.

Así, las huellas mnémicas son marcas sin unidad de significación que por su fijación son permanentes e insustituibles: las mismas que persistirán en “la no reciprocidad, ni temporal (coincidencia con el presente), ni espacial (no coincidencia con el cuerpo) y que promoverán la actualización de acontecimientos entre la repetición y la re-elaboración narrativa, que hacen y dan tiempo a la producción de la experiencia y su narración.¹⁶ Aquí es importante considerar que el cuerpo es heterotópico y siempre por venir a partir de la reorientación de huellas mnémicas.

Así, es la fantasía misma la que encarna el espacio de experiencia de modo perceptivo y sensorial –ya que la experiencia no es un saber racional sino corpóreo–, y la que promueve que el azar actúe como desorientación para comprender lo que verdaderamente importa, provocando que otro azar –a modo de oportunidad– surja para entregarnos a lo que hemos comprendido, en tanto que percepción; la misma que se orientará a la resignificación de una historia. Por tanto, como recuerda Blanchot a modo de metáfora, en el juego de la escritura el azar implica tanto un acto de emancipación frente a las reglas como la identificación frente a su ausencia:

El escritor que se libera de los preceptos para encomendarse al azar falta a la exigencia que le ordena no poner a prueba el azar si no es bajo la forma de un espíritu sometido a los preceptos. Trata de escapar a su inteligencia creadora experimentada como fortuna entregándose directamente a la fortuna. Recurre a los dados del inconsciente porque no puede jugar a los dados con la conciencia extrema. Él, al azar, limita el azar.¹⁷

¿Qué es y en qué consiste la construcción del tiempo entonces? ¿Qué implicaciones tienen el tiempo y el azar en la creación de una experiencia interior? El tiempo es un no saber que instaure tiempos fuera del tiempo y fuera de la historia. Así el tiempo hace y nos hace cosas a partir de su atemporalidad. “El tiempo: palabra única en la que se depositan las experiencias más diferentes...”,¹⁸ que se superponen para constituir y transformar realidades siempre nuevas. En ese sentido el tiempo produce la muerte y la muerte del olvido; pero entonces, ¿cómo confiar en el tiempo? –se pregunta Blanchot– cuando los incidentes pasados, olvidados y desapercibidos son devueltos en el curso del tiempo no como recuerdos, sino percibidos como hechos reales, pero en otro momento del tiempo frente al espacio vacío, de modo que ese curso del tiempo no cesa de transformar toda narración y su corporeidad.¹⁹

Entre el tiempo y su desgarramiento, los acontecimientos re-escriturados desde otros márgenes posibilitan las condiciones infinitas en la experiencia. Porque hay algo que nunca escapa a los acontecimientos, y es que la historia se narra con el deseo, que activa el presente, pasado y el futuro, y se inscribe entre el síntoma y su resistencia.

Nuestra historia cobra significado solo si se historiza, impugnando el tiempo cronológico y lineal. No podemos renunciar a pensar el tiempo, en donde sus tramas se desgarran entre un tiempo real destructor –la muerte-olvido– que nos devuelve la

¹⁶ En este punto es importante considerar que la cualidad y la cantidad no pueden ser reducidas a unidades de sentido, en el caso de la cualidad a la conciencia, y en el caso de cantidad a las huellas mnémicas.

¹⁷ Maurice Blanchot, *De la angustia al lenguaje* (Madrid: Trotta, 2021), 25.

¹⁸ Maurice Blanchot, *El libro que vendrá*, 18.

¹⁹ *Ibid.*, 15.

espontaneidad del recuerdo en donde lo inadvertido retorna como hecho real: como ese episodio infinito, conmovedor que produce la abolición del tiempo mediante el encuentro *acontecimental*. Este encuentro enigmático nos introduce en otro mundo en donde las huellas errantes irrumpen como presencias que alteran lo corpóreo, a modo de percepciones simultáneas incompatibles que engendran la sacudida del cuerpo afectado y que darán lugar a un nuevo espacio-tiempo de la experiencia y de su narración.

Así la frase en Blanchot nos resuena a propósito de la reflexión en torno al instante de una experiencia interna del tiempo donde la historia no es simplemente el pasado y el presente, no pura presencia y representación, sino reordenamientos y reinscripciones a partir de reacomodos de huellas, percepciones y experiencias que provocan que algo ocurra en trama del tiempo: “Un momento liberado del orden del tiempo” y que recrea en mí “a un hombre liberado del orden del tiempo”.²⁰ La liberación del orden produce un momento de relaboración, y es ahí en donde una experiencia puede servir para construir el tiempo y su narración:

Las palabras dan al que las escribe la impresión de que le son dictadas por el uso, y él las recibe con el malestar de encontrar en ellas una inmensa reserva de facilidades y de efectos previamente montados, montados sin que su capacidad haya tenido en ello parte alguna. Ese malestar puede conducirlo a rechazar totalmente las palabras de la vida práctica, a interrumpir la voz familiar que escucha indolentemente, menos absorto por lo que escribe bajo la influencia de esa voz que por los gestos y las indicaciones del crupier en la mesa de juego. Entonces le parece necesario retomar las palabras por su cuenta e, inmolándolas en sus competencias serviles, exactamente en su aptitud para estar a su servicio, recuperar, con su rebeldía el poder que tiene de ser su dueño.²¹

La producción del tiempo es la condición de posibilidad misma para narrar una historia que permita darnos sentido, y proveernos de una comprensión del instante vivido, en una sucesión de eventos que, al ser narrados puedan implicar un antes, un ahora y un después, a la vez –en tanto que principio y fin de una historia– que no dejará de reescribirse, pero que puede comprenderse a partir de obrar el tiempo y significarlo. La narración otorga al tiempo un sentido a partir de las experiencias vividas, dotándolo de una sintonía afectiva que nos permite aprehender la vida sin llenarla de explicaciones, haciendo posible una distancia que posibilita interpelar la historia, sin agotar su potencia y la posibilidad de su escritura.

Repetición y diferencia: hacia la experiencia interior del tiempo y su narración

Hasta el momento hemos intentado ofrecer un espacio para pensar el tiempo desde una aproximación literaria y psicoanalítica, donde el tiempo no se encuentra dado de antemano mediante una estructura lineal, sino que se produce a partir de la multiplicidad de experiencias –percepciones de huellas mnémicas múltiples y heterogéneas– que dan un orden y sentido a nuestra historia a partir de lo que hemos denominado lo *corpóreo*. Así, la historia se produce a partir de operaciones temporales entre un reordenamiento e inscripción de huellas mnémicas, es decir entre la reminiscencia –la evocación de un recuerdo– y su

²⁰ *Ibid.*, 19.

²¹ Maurice Blanchot, *De la angustia al lenguaje*, 26.

rememoración –el habitar experiencias pasadas–, ya que es a partir de estas acciones como se hace posible la pregunta por el significado de una historia.²²

En este sentido, construir el tiempo implica a su vez analizar las operaciones que transitan entre dos momentos indisociables que oscilan entre la repetición y la diferencia, que la trama del tiempo y su posibilidad narrativa nos desvela, ya que toda repetición de lo mismo engendrará encuentros y/o composiciones que evocarán lo extraño y ajeno, *lo otro*, en sintonía entre el afuera y el adentro.

La relevancia de pensar en qué consiste el tiempo radica aquí en su capacidad para instaurar la experiencia fundamental –percepciones entre el afuera y el adentro, a partir de dos momentos que estructurarán el espacio como lugar de experiencia, para narrar una historia a partir de la presencia y la ausencia–.²³ Ya Agustín de Hipona en sus *Confesiones en el capítulo XIV*, reflexionaba sobre la dificultad de explicar qué es el tiempo:

¿Qué es en efecto el tiempo? ¿Quién podría, para formularlo con palabras, aprehenderlo siquiera con el pensamiento? ¿Qué es, entonces el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicárselo a quien me lo pregunta, no lo sé. Sin embargo, con toda seguridad afirmo saber que, si nada pasase, no habría tiempo pasado, y que, si nada sobreviniese, no habría tiempo futuro, y que, si nada hubiese, no habría tiempo presente.

El problema del tiempo como lo hemos considerado anteriormente radica en su abolición, desgarre y transformación; esto es, ese incesante devenir que produce un lugar donde el retorno de lo reprimido asigna sitios, secuencias y ritmos que dan al cuerpo un espacio siempre nuevo en el afuera –el adentro, en la relación intersubjetiva–.

Ya Freud en su trabajo *Recordar, repetir, re-elaborar* proponía que toda repetición era en sí misma una re-elaboración a partir de una resistencia.²⁴ Así, la *repetición-re-elaboración* marca la acción del tiempo y permite nombrar la resistencia –la experiencia inaccesible al lenguaje y fuera del saber racional–. En este plano, la vivencia del tiempo puede localizarse en el sueño, en el duelo y en la transferencia que se establece entre ese afuera y ese adentro, donde la lógica del sentido y su inscripción no cesa de repetirse y, al mismo tiempo, de inscribirse a partir de la creación de experiencias inesperadas; de ahí la vitalidad de la repetición, que produce alteridades, las mismas que darán lugar al cuerpo, el espacio de experiencia y su historia.

Pero, ¿qué hace una repetición?, ¿qué nos aclara o nos devela? La experiencia de la repetición nos desvela el extravío de vivir, que implica al sujeto y su devenir alterado –la alteración pulsional–, el cual abre a su vez la posibilidad al terreno de la subjetividad y su movimiento, es decir, abre la posibilidad a una escritura de la historia.²⁵

²² Silvie Le Poulichet, *La obra del tiempo en psicoanálisis*, 23-28.

²³ *Ibid.*, 26.

²⁴ Sigmund Freud, “Recordar, repetir, reelaborar”, en *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente*. (Schreber). *Trabajo sobre técnica psicoanalítica (1911-1913)*, Vol. XII (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 135-147.

²⁵ Francisco Pereña, *Repetición e Historia: Un ensayo sobre lo trágico* (Madrid: Síntesis, 2015), 15.

La experiencia de la repetición permite hacer a la *diferencia*, en tanto que repetición de lo mismo como actualización de fuerzas funcionales para devenir *otro*, en donde el tiempo de lo inmemorial –la imagen/palabra– puede transferir a partir de investiduras psíquicas de una representación otra. Estas secuencias de repeticiones nuevas –las significaciones movientes– atraviesan al sujeto y lo transforman con su capacidad de engendrar nuevas huellas de experiencia donde la cercanía de lo extraño con lo semejante produce objeciones, en tanto que fracasos de adecuación con lo real donde tiempo y objeto se pierden mutuamente en una relación inestable.²⁶ Así, la producción de los tiempos que forma el tiempo permite la edificación y la identificación entre la repetición y la diferencia, las cuales parten desde el cuerpo procedentes de un afecto –una experiencia histórica misma que será vivenciada para convertirse en historia nunca terminada, entre precipitaciones de presencias y ausencias–.

Desde esta perspectiva la vivencia del tiempo y la posibilidad de la experiencia interior posibilitan la narración de un relato y su reintegración, como ya Jacques Lacan puntualizaba, porque “la historia no es el pasado. La historia es el pasado historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado”.²⁷ Esto da lugar a la vivencia de una experiencia que podrá restituir el pasado en la estructuración de una historia siempre en procedencia y a la deriva, y no como origen y destino. De ese modo la repetición y su diferencia constituyen la posibilidad de una reconstrucción de la historia del sujeto, que, a su vez, produce una reescritura de la historia.²⁸

Es importante considerar que, entre la repetición y la diferencia, un cuerpo y una experiencia histórica pueden hacer aparecer en la diferencia una extrañeza, donde el devenir se muestra como retorno de lo reprimido, en tanto que alteridad, y que permite que el acontecimiento –como instante de lo irrepetible– pueda ser vivenciado en cada momento siempre diferido, creando de ese modo una multiplicidad de posibilidades perceptivas, a partir del olvido y su recuerdo, las cuales posibilitarán su relaboración a partir de fragmentos y residuos –olores, ruidos e imágenes–.

Por lo tanto, “lo que se repite nunca se cumple más que con la muerte, lo que se repite es lo que nunca acaba de cumplirse”, es decir, es lo que posibilita una narración que, mediante la ausencia, convierta al tiempo en experiencia, al igual que permite comprendernos de otro modo a partir de instantes que se inscriben en tanto que alteridades en nuestra historia.²⁹

Dar un espacio a la repetición implica una actualización del pasado en el presente donde el encuentro y la transformación instalan un tiempo nuevo en la repetición en tanto que alteridad conformada por simultaneidad de devenires inconscientes en donde la producción del tiempo pareciera ser resultado de un acto consciente –percibido por el yo consciente–. Sin embargo, este acto se encuentra entramado en los tiempos inconscientes, atemporales, donde el *ello deviene* en lo corpóreo, creando con ello modulaciones y

²⁶ Silvie Le Poulichet, *La obra del tiempo en psicoanálisis*, 32.

²⁷ Jacques Lacan, *Escritos técnicos de Freud (1953-1954)* Seminario I (Barcelona: Paidós, 1981), 27.

²⁸ *Ibid.*, 29.

²⁹ Francisco Pereña, *Repetición e historia*, 16.

encuentros azarosos y accidentales en el transcurrir en la vida pulsional, lo que permite identificar que “esto ocurre ahora”.³⁰

Por tanto, es el afuera, entendido como ausencia, lo que engendra la posibilidad de una repetición en tanto que encuentro singular. Esto produce un nuevo lugar en el *topos* del cuerpo... introduciendo un “*tiempo-olvido*” a partir de la unión de redes de huellas mnémicas que posibilitarán la producción de recuerdos encubridores, ya que todo recordar es encubrir, pero en cambio repetir es diferimiento entendido como proceso de subjetivación de la historia creado por la atemporalidad del tiempo. Solo a partir de la repetición es posible una escritura de la historia y su narración.

Pensar la repetición implica pensar al sujeto de la pulsión y a la repetición no tanto como historia, sino más bien como acontecimiento –experiencia histórica– que introduce al sujeto; esto es, como empuje a ese enigmático extravío del vivir en la ignorancia de la indeterminación expuesto a la incertidumbre y su contingencia. En este sentido el sujeto, la repetición y la pulsión se encuentran en una constante imbricación, que lograrán su presencia en el acto mismo de recordar-narrar donde el juego de la percepción se conjugará a partir de ese instante de la conciencia de tiempo para re-comprender y re-elaborar una experiencia singular e irrepetible del sujeto. Esta conciencia se conjurará en el yo como narrador de una historia en reconstrucción y diferimiento en un recuerdo-olvido interminable, pero también finito.

Así, el recuerdo crea el pasado del presente y el porvenir del futuro, a partir del encuentro con el deseo, el otro y el cuerpo, donde los procesos de subjetivación harán el tiempo de la narración, para recontar y reescribir una historia. Aquí la repetición y la diferencia reorientarán la noción del *síntoma* como la realización de la vida, donde se podrá decidir sobre lo que uno es siempre otra vez. De este modo el sujeto del síntoma y el narrador, en tanto que reconstructor de su propia historia, no pueden separarse, ya que tanto sujeto como narrador están afectados por las alteraciones de la vida pulsional, soportando la existencia de la vida y la potencia del deseo siempre en falta, lo que condicionará la apuesta por una escritura de la historia siempre por venir hecha de restos y trazos de lo que pudo ser el pasado.

Por lo tanto, entre la repetición y su diferencia la certeza del saber de la vida quedará borrada, los lazos de los lugares quedaran disueltos en un espacio diferente que no tendrá el sentido para el cual la palabra los asignó, pero engendrarán una *resignificación*, un porvenir sin certeza, un horizonte de espera, donde quizá pueda revelarse algo de insospechada emancipación como una posibilidad para pensar lo imposible.

Toda repetición produce lo heterogéneo, donde la inmovilidad subjetiva es imposible, así como el determinismo de cualquier ficción originaria que no cesa de proceder como la fuente, sin origen ni destino. Entre la repetición y la diferencia, se gesta un lugar otro que reasigna los sinsentidos y su multiplicidad, dando paso a la *desargumentación*, donde se crea la posibilidad de aprehender la ausencia a partir de un perder infinito entre la

³⁰ *Ibid.*, 21.

repetición, el encuentro con el deseo, y su narración, porque solo una pérdida nos hace escribir.

A modo de conclusión: entre la experiencia histórica, el deseo y su narración

Como se planteó con anterioridad, es en las huellas donde la repetición y la diferencia operan a partir de la experiencia del tiempo mediante rastros y restos que se resignifican y desplazan aquello que estamos siendo, el lugar donde se constituye la diferencia –la experiencia íntima– y el riesgo a vivir de otro modo –las percepciones–. No cabe duda de que el debate de una experiencia histórica del afuera debe partir de los restos que, quedando en ruinas –en lo *corpóreo*–, podrán ser reorientados para decir y significar otra cosa en el afuera-adentro, a modo de *heterotopías* que crean otros sitios y experiencias del tiempo.³¹ Se trata por tanto de aquellos pedazos en los que, sin lógica argumentativa ni estructura, se augura un porvenir que no llegará jamás a acordar la congruencia, pero que, en la vigilia de los sueños, del trauma, y de la potencia el deseo, sí hará escuchar el retumbar de la incongruencia, ésta entendida como posibilidad que pueda desmitologizar y des argumentar lo ya sabido en tanto aceptación irremediable.

Así, en este encuentro con el deseo y su mutación, los acontecimientos engendrados de la experiencia de los tiempos otros son los que evitan que nos pensemos siempre en pasado, en un lugar ya dado, donde la escritura anterior a la palabra es una traición a la posibilidad de variar, de transitar en ese espacio de experiencia, en ese espacio otro, imposible de explicar en la ficticia congruencia del tiempo de la conciencia y la ley asimétricas. Se trata de aprehender el acontecimiento que transgrede a la ley y reorienta a la memoria disimétricamente; donde la palabra y el cuerpo ya no solo se yuxtaponen, sino que transgreden los límites de ese *saber-destino-palabra-espacio de experiencia*, para descentrarlos, emanciparlos y permitir habitar la vida de otro modo en una restructuración y escritura que posibilite otra historia.

Por lo tanto, el acontecimiento –la experiencia interior que funda al tiempo– permite el acto de la sospecha, el mismo que deja que ese eco desdoble el ser del lenguaje, mostrando una realidad alterna, poliforme y contingente, donde la condición de posibilidad es la única regla para aprehender el afuera en el adentro, para poder conocer ese otro mundo, fuera de los campos del adoctrinamiento en un encuentro inesperado con el silencio y en silencio.

Es en esta doble investidura la que opera entre el recuerdo y el olvido, donde el ser del hombre, resiste, se *des-instruye* de aquella pedagogía que en un principio le dio palabra, y le permite transitar hacia lo inesperado, siempre a la espera del azar, donde no se sabe si se llegará a algún sitio, pero permitiendo que en el caminar hacia ese comprender el mundo los sentidos despierten de otro modo, se alteren, y surja de forma intempestiva ese lenguaje otro, ese lenguaje del firmamento, que nada tiene de exclusivo, que no lo afirma nadie ni tiene firmante, ni lugar de dominio.

³¹ Michel Foucault, *El cuerpo utópico. Las heterotopías* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2010), 20.

Narrar una historia implica hacer la experiencia de la palabra y así crear el tiempo del relato. Es en esta operación de narrar donde la constitución y relaboración de otros recuerdos-olvidos es posible a partir de la reorganización de las percepciones y los sentidos que transgreden el orden previo otorgado por un pasado, que no deja de pasar en presente. Así, el acto mismo de narrar es en sí una transgresión, que pone en duda el mundo de lo ya sabido y crea la posibilidad de figurarnos algo distinto. En el acto de narrar se desdobra el orden interior, que se encuentra oculto, latente y entretejido entre el tiempo que pasa consciente; y el tiempo que no pasa, es decir, aquél que solo puede escucharse y percibirse en los avatares del inconsciente, dislocando sentidos, aprehendiendo experiencias, entretejiendo palabras con el cuerpo, y destejiendo junturas que son imposibles de mantener juntas a pesar de su resistencia.

Es en este movimiento incesante donde la razón se inhibe, y a su vez es rechazada, permitiendo un paso del plano discursivo al plano de la acción, desvelando que los discursos y las formas inteligibles y expresables de la vida ya no tienen cabida, y asegurando que solo la pérdida del conocimiento hace posible que la experiencia interior pueda ser narrada.³²

En el cierre: el deseo y sus enigmas. El encuentro con lo inesperado en la narración

Entre la experiencia interior, el tiempo y su narración, la potencia del deseo es fundamental para ligar la vida psíquica y pulsional, que a lo largo de este escrito denominamos “lo corpóreo”. El deseo es siempre un conocimiento diferido, variado y variante en afectos y sentidos. Así, deseo es lo que posibilita el contacto íntimo con el tiempo otro, y es esa producción del espacio la que deja que la alteridad aparezca. El deseo puede en esta suspensión temporal sobrevenir entre palabra y acontecimiento, y ser escuchado a dos tiempos, como si fuesen anacrónicos, resonando para destejer lo tejido y anudar en otra dirección.³³

En los lugares otros, el deseo permite que el tiempo se *espacialice* y pueda producirse el devenir, en un acto que transgrede los límites del pensamiento posible, para abrir la posibilidad de la imposibilidad en el acto mismo del pensar, a contratiempo, es decir, fuera de toda temporalización conocida. Es en este proceso en donde lo que no cesa se transforma históricamente mediado por una escritura que tiende a destruir conservando, y a desaparecer deviniendo y exhibiendo en la escena de la trama existente el acto de lo impensable y de lo imposible; amenazando el lazo entre la palabra que acoge al objeto y *desujetando* esa ligazón, para poner en tensión dicha relación en torno a la palabra y al cuerpo, entre la superposición de tiempos pasados-presentes-futuros y el espacio de experiencia. Es en este instante cuando la vida misma nos hace entrar en resonancia con la alteridad y el tiempo, re-escriturando la experiencia interior de la temporalidad.

En los no lugares, el acontecimiento no cesa de pasar, y ellos son los que permiten la instauración sin término del deseo, como resto, huella y fragmento de una experiencia que deviene una historia que nunca es la misma. Es ahí, en ese no lugar, donde los diferentes tiempos y el espacio se forman, afectando la transformación de la lengua y alterando la

³² Maurice Blanchot, *De la angustia al lenguaje*, 27-29.

³³ Silvie Le Poulichet, *La obra del tiempo en psicoanálisis*, 38 y ss.

relación con las imágenes y los objetos, provocando la colisión de los tiempos y arbitrando un espacio que moviliza todo tipo de transacciones en y de la realidad. El deseo permite que todo devenga y nada cese, ya que en el deseo nada deviene pasado, y sí solo porvenir incierto y contingente. El deseo es el no lugar. Permite la facultad de ir más allá y sublimar ahí donde nada se reencuentra, pero se reorienta hacia otro sitio en el espacio del tiempo que podrá hacer una experiencia en la historia misma del sujeto para narrarse de otro modo.

Es ahí en ese lugar tan incondicional del deseo donde algo puede ocurrir, y que el acto de pensar pueda fundarse sin permanencia, y solo para provocar afectos y alteraciones, dislocando las estructuras en el pensamiento para poder transgredir, sin pudor, sin cuidado, solo en el acto puro de escribir y firmar una historia desde una multiplicidad de voces, enfrentadas entre rostros sin dueño a los espectros, que acogen nuestra imposibilidad e indecisión; pero no para traducirla, sino para tan solo para poder recomenzar desde otro lugar por un instante en otra parte.

Se trata de que el pensamiento se desborde, se despliegue, se afecte y re-afecte en un mundo por venir con objeto de poder vivir a partir de enriquecer la narración de la experiencia. Así, la apuesta del jugador de Blanchot nunca sucumbe al miedo de la pérdida en donde lo que se afirma implica un arriesgarse a perder y un hacer posible la narración de una nueva historia en falta y por venir a partir de hacer el tiempo fuera del tiempo; de modo que el reencuentro entre la experiencia vivida y su reconocimiento construyan nuevos horizontes, todo ello con la imperiosa necesidad de seguir narrando historias y posibilitar así la vivencia de nuevas e inesperadas experiencias en nuestra actualidad, la que tiene nuestro tiempo y nuestra edad.

Toda experiencia interior implica pues una renuncia a la verdad y un acogimiento a la incertidumbre, que hace que el ser humano cuestione su historia y se arriesgue a reescribirla, asumiendo su historicidad en donde la narración cobra su valor irreductible hacia lo inesperado y siempre por venir, a partir de todo acontecimiento excepcional que escapará siempre a cualquier forma de tiempo cronológico, cotidiano y lineal, en un mundo de pretendida verdad cotidiana y habitual. En la apuesta de la experiencia interior, del deseo y del tiempo, Blanchot se ocupa de introducir eso corpóreo que nos implica en los encuentros ilimitados con la sorpresa, en donde la narración será la posibilidad misma para comprendernos en un tiempo otro, en esa otra forma de navegación, en esa metamorfosis que transforma tanto al escritor, observador y actor en esta historia.

Así, entre el tiempo y el deseo, toda experiencia interior fuera de todo propósito nos hace la promesa de una relación siempre presente y pasada, venidera y por venir, donde todo conocimiento será abrupto e inesperado, abierto siempre al retorno y su repetición en el diferimiento de experiencias fugitivas, simultáneas e irrepetibles. Así todo tiempo es en sí mismo una experimentación entre lo corpóreo y el afuera, donde lo imaginario se conjuga entre las imágenes y sus profundidades de presentes y pasados, donde el pasado se abrirá al por venir, engendrando lugares y tiempos otros, para escribir en los instantes que la propia emergencia de los sentimientos convocan siempre al infinito entre la pérdida del tiempo, la potencia del deseo y su narración.

Bibliografía

- Blanchot, Maurice, *El libro que vendrá* (Caracas: Monte Ávila Editores, 1969).
- Blanchot, Maurice, *De la Angustia al Lenguaje* (Madrid: Trotta, 2021).
- Doufurmantelle, Anne, *Potencia de la Dulzura* (Buenos Aires: Nocturna Editora, 2021),
- Foucault, Michel, “Nietzsche, la genealogía, la historia”, en *Microfísica del poder* (Madrid: La Piqueta, 1979), 7-31.
- Foucault, Michel, *El cuerpo utópico. Las heterotopías* (Buenos Aires: Nueva Visión, 2010).
- Freud, Sigmund, “Recordar, repetir, reelaborar”, en *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. (Schreber). Trabajo sobre técnica psicoanalítica (1911-1913)*. Vol. XII (Buenos Aires: Amorrortu, 1991), 135-147.
- Freud, Sigmund, “El creador literario y el fantaseo (1908 [1907])” en *El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen y otras obras (1906-1908)*, Obras completas, vol. IX (Buenos Aires: Amorrortu, 2014).
- Lacan, Jacques, *Seminario I, Escritos técnicos de Freud (1953-1954)* (Barcelona: Paidós, 1981).
- Le Poulichet, Silvie, *La obra del tiempo en psicoanálisis* (Buenos Aires: Amorrortu, 1996).
- Nietzsche, Friedrich, *El gay saber o La Gaya Ciencia* (Madrid: Espasa-Calpe, 1980),
- Pereña, Francisco, *El hombre sin argumento. Una introducción a la clínica psicoanalítica*. (Madrid: Síntesis, 2002).
- Pereña, Francisco, *Repetición e Historia: Un ensayo sobre lo trágico* (Madrid: Síntesis, 2015).
- Platón, *Diálogos*, Vol. VI, *El Timeo* (Barcelona: Gredos, 1992).
- San Agustín de Hipona, *Confesiones*, Cap. XIV, “La dificultad de definir el tiempo”, en *Confesiones. Libro IX* (Ciudad de México: Porrúa, 1970).

Perfil académico

Marisol Ochoa Elizondo es historiadora y psicoanalista. Académica a tiempo completo del Departamento de Historia y coordinadora de la línea de Teoría de la Historia e Historiografía, su investigación se centra en el estudio histórico-teórico de la violencia, con especial atención a los procesos de construcción de nuevas criminalidades, transformaciones sistémicas y reconfiguraciones del espacio social. Entre sus áreas de interés destacan la violencia, la

criminalidad, la temporalidad, los sistemas sociales y las corporeidades en constante transformación.

Academic profile

Marisol Ochoa Elizondo holds degrees in both History and Psychoanalysis. She is a full-time faculty member in the Department of History and coordinator of the Theory of History and Historiography research line. Her work focuses upon the historical and theoretical study of violence, particularly the construction of new forms of criminality, systemic reconfigurations, and the spatial and conceptual transformations that shape social reality. Her research interests include violence, criminality, temporality, social systems, and the corporeal dimensions of social life.

Fecha de recepción: 15 de octubre de 2025.

Fecha de aceptación: 29 abril de 2026.

Publicación: 30 junio de 2026.

Para citar este artículo, Marisol Ochoa Elizondo, “Pensar el tiempo, hacer la historia: entre la experiencia, el deseo y la narración”, *Historiografías*, 31 (enero-junio 2026), pp. 117-131.